

# Mona Carmona y el enigma de la Sagrada Familia

José Ignacio Valenzuela

**DESTINO**

## Capítulo 1

Barcelona, 1926

El hombre tenía una barba espesa que le cubría las mejillas y gran parte del cuello. Un grueso bigote le bailaba sobre el labio superior y ocultaba sus dientes cuando abría la boca para murmurar palabras que nadie alcanzaba a oír. El cabello, tan blanco como la barba y el bigote, le caía desordenadamente sobre la frente y lucía una casi inexistente partidura que lo separaba en dos. Iba envuelto en un viejísimo y gastado abrigo negro, a pesar del calor del verano que ya comenzaba a sentirse en Sant Martí de Provençals.

Ninguna de las personas que circulaban por ahí se detuvo a mirarlo cuando apareció en el marco de la puerta. Su imponente figura era ya conocida en toda la zona. Algunos pensaban que se trataba de un mendigo. Otros, los que lo reconocían, le llamaban El Genio, porque eso era: un artista sobresaliente que estaba cumpliendo su mayor sueño. Llevaba casi 43 años trabajando día y noche en su proyecto

más importante. Por fin podía decir con orgullo que la Fachada del Nacimiento estaba prácticamente lista y la primera torre, dedicada a San Bernabé, había sido terminada hacía muy poco.

Pero aún quedaba mucho por hacer. Demasiado. A sus 74 años, el hombre sabía que su propia vida no sería suficiente para a ver el final de su creación. Pero eso no era lo que más le preocupaba. Como se trataba de un templo expiatorio, debía construirse sólo con las donaciones y sacrificios de sus devotos. Las limosnas eran cada vez más reducidas y la crisis económica que atravesaba el país no ayudaba a financiar la obra. Pero el hombre no iba a darse por vencido: sabía que cuando no había dinero para seguir adelante, debía aprovechar ese tiempo para mejorar su proyecto y perfeccionarlo.

Además, tenía una idea en mente. Una idea secreta que nadie nunca iba a ser capaz de descubrir y con la cual pretendía sellar para siempre el destino de su obra más importante.

“1, 14, 14, 4, 11, 7, 6...” , repetía a media voz mientras avanzaba hacia la enorme avenida de tierra por donde circulaba un rebaño de cabras. “9, 8, 10, 10, 5, 13...” , continuó recitando al compás de sus propios pasos. Pretendía pasar la siguiente hora entrevistándose con su confesor, mosén Agustí Mas i Folch en la Iglesia de Sant Felip Neri y, luego de eso, regresaría a su estudio y dormitorio, instalado dentro

del mismísimo templo, para continuar afinando los detalles de su misterioso plan. “2, 3 y 15...”, concluyó. Y acto seguido comenzó de nuevo a susurrar los mismos números en idéntico orden.

Se detuvo unos instantes a contemplar con deleite el paisaje que rodeaba la ruidosa construcción. Enormes extensiones de campo dorado daban vida a la manzana más grande del nuevo Eixample, ubicada del lado de Barcelona por donde empieza el día. Eso siempre lo había llenado de satisfacción. Le agradaba saber que lo primero que vería el sol luego de vencer a la noche sería la enorme silueta de su templo, esperándolo todos los días en el mismo lugar para así darle la bienvenida. Era una lástima que aún quedara tanto por hacer. ¡Cómo derrotar a la muerte! ¡Cómo vivir para siempre!

No alcanzó a terminar de dar un paso cuando el violento golpe de un tranvía lo lanzó de bruces al suelo. Sintió el gusto amargo de la sangre en la boca y comprendió que algo grave acababa de ocurrirle. “1, 14, 14, 4...”, masculló para que no se le olvidaran los números. No podían borrarse de su mente. Toda su obra dependía de ellos. Pero el paisaje comenzó a apagarse. Barcelona entera pareció oscurecerse, aunque aún faltaba mucho para que llegara la noche. Antes de cerrar los párpados alcanzó a ver el cuerpo de un niño que corría hacia él, los ojos y la boca abiertos en un gesto de sorpresa.

—¡Lo atropellaron! —gritó el pequeño.

El hombre le hizo un débil gesto con la mano, pidiéndole que se acercara. Ya podía sentir la presencia de la muerte a su lado, dispuesta a llevárselo. Por eso debía apurarse. No había tiempo que perder.

—Necesito que... que recuerdes estos números... —le susurró al niño.

Y así, justo antes de perder el conocimiento, Antoni Gaudí se vio obligado a compartir su plan maestro con otro ser humano.

## Capítulo 2

—El vuelo 370, con destino a la ciudad de Barcelona, ha vuelto a sufrir una demora —dijo una voz a través de las bocinas de la sala de embarque del aeropuerto—. Rogamos a los pasajeros que permanezcan sentados a la espera de más noticias. Lamentamos mucho esta situación.

Pero los pasajeros no le hicieron caso: muchos de ellos se pusieron de pie sacudiendo los brazos con molestia; otros se agolparon frente a la taquilla de la aerolínea para conseguir respuestas a sus enfurecidas preguntas. Algunos más formaron grupos para dar rienda suelta a su enojo:

—¡Esto es inconcebible! —exclamó una señora envuelta en un grueso abrigo rojo—. ¡Llevamos más de tres horas de espera!

—¡Quiero que me devuelvan mi dinero! —sentenció un señor con el dedo en alto.

—¡Ya no se puede viajar en paz! —bufó otra mujer, que se moría de coraje.

Mona Carmona los observó en silencio desde el otro lado de la sala de embarque. Prefería mantenerse al margen del exabrupto colectivo, que, estaba segura, lo único que iba a conseguir era retrasar aún más el abordaje. A sus trece años recién cumplidos, Mona parecía ser la única con sentido común en toda esa zona del aeropuerto. Incluso su padre, siempre tan calmado y reposado, se levantó como un toro rabioso para enfrentar a un funcionario de la aerolínea que había tenido la mala suerte de pasar por ahí.

“Vamos a ocupar el tiempo libre en algo productivo”, pensó la joven. Y decidió ponerse a jugar su pasatiempo favorito. “Veamos qué tantas palabras se pueden crear a partir de ‘Maleta’”, se dijo. Y de inmediato comenzó a enumerar: “tamal, aleta, metal, tela, alma, mal...” Asintió satisfecha por la rapidez de su mente y volvió al ataque con una nueva palabra. “Ahora con ‘Pasajero’. Oreja, ópera, prosa, ropaje, espora, repaso...”

Hizo una pausa, contenta al darse cuenta de cómo su habilidad para armar en apenas unos segundos diferentes anagramas iba en aumento, y se sentó sobre la gastada alfombra que cubría el suelo. Apoyó la espalda en la pared y, por primera vez, bostezó. Tuvo que reconocer que estaba cansada. Su padre y ella se habían levantado muy temprano esa mañana para terminar de llenar sus maletas, llamar un taxi y llegar a tiempo para registrarse en el vuelo que los llevaría hasta Barcelona. Mona calculó que, de haber ido todo como fue planeado, a esa hora ya estaría durmiendo hecha

un ovillo en el asiento del avión, tapada con una manta mil veces usada y con los ojos cubiertos por un antifaz para evitar la luz de la cabina. Pero no siempre las cosas salían como una esperaba. Y lo mejor era acostumbrarse a eso.

Iba a comenzar una nueva ronda de juegos con palabras, cuando algo llamó su atención. Se dio cuenta de que, al otro lado de la sala de embarque, un hombre también estaba sentado en el suelo. A diferencia de ella, él tenía las piernas cruzadas y mantenía muy recta la espalda. Los demás pasajeros lo ignoraban por completo, circulando en torno a él sin siquiera dedicarle una mirada. Cuando se giró un poco más hacia ella, pudo ver que llevaba una camiseta negra donde se leía “Edición Limitada” escrito en grandes letras blancas sobre el pecho.

Mona asintió con la cabeza. “Pues sí, todos somos una edición limitada. Se supone que no hay nadie más igual a mí”, pensó. Iba a comenzar a crear nuevos anagramas con esas dos palabras, cuando un agudo grito la sobresaltó:

—¡Por poco me mato por tu culpa! —chilló la señora del abrigo rojo—. ¡¿Qué haces tirado en el suelo?!

Intrigada, Mona dio un rápido vistazo a la escena: la mujer tenía su celular en una mano, aún estaba intentando mantener el equilibrio, y el hombre de la camiseta negra se sobaba una de las piernas con evidente dolor. En un segundo, comprendió lo que había sucedido: la señora, por ir mirando la pantalla de su teléfono, chocó sin querer con



el sujeto “Edición Limitada” y estuvo a punto de caerse de bruces. “Bueno, uno no debería caminar sin prestar atención a lo que está en el suelo”, concluyó Mona y se preparó para cerrar los ojos y reposar el tiempo que le quedaba antes de subirse al avión.

Pero no lo hizo. La curiosa actitud de la mujer del abrigo rojo siguió captando su atención. Luego de su exabrupto, la señora se llevó inesperadamente una mano al pecho y su rostro se crispó en un gesto de... ¿dolor? Mona no pudo precisar a qué correspondía la mueca de la mujer. El hecho es que durante un segundo apretó los párpados al tiempo que contraía todos los músculos de la cara. Acto seguido, dio media vuelta y se alejó con paso veloz hacia el amplio pasillo del aeropuerto donde se sucedían las puertas de embarque.

A la distancia, Mona la vio introducir unas monedas en una máquina dispensadora de refrescos. La mujer sacó del interior una botella de agua mineral, la abrió de un manotazo y comenzó a beberse con urgencia el contenido. Desde su lugar en el suelo, el hombre continuaba observándola, la vista fija en ella, la mirada algo desafiante y retadora. La mujer no bajó la botella hasta que se bebió la última gota. Parecía intranquila. Molesta. Se arropó aún más con su grueso abrigo rojo y enfiló directo hacia una de las tiendas del aeropuerto. Entonces, el hombre se puso de pie y, siempre a la distancia, la siguió tratando de no llamar su atención.

Mona Carmona frunció el ceño, intrigada. ¿Qué estaba sucediendo entre esos dos pasajeros? ¿El hombre planeaba hacerle algo a la mujer por haberlo golpeado con su zapato? “Edición Limitada”, pensó. Y de inmediato su mente le regaló varias palabras formadas a partir de esas letras: delimitación, malnacido, mentalidad, analítico, maniático, candidato, maldición...

“Candidato, malnacido, maniático y maldición”, repitió Mona mientras también se ponía de pie y avanzaba entre el gentío hacia el pasillo. No iba a quedarse tranquila hasta que consiguiera averiguar qué estaba ocurriendo. ¿Acaso el hombre pensaba cobrarse venganza?

—¡Mona! —escuchó de pronto.

Era su padre, que venía hacia ella a grandes zancadas.

—El empleado de la aerolínea me confesó que vamos a embarcar en cinco minutos —dijo con una gran sonrisa de triunfo—. ¡A la fila! —ordenó.

Pero Mona tenía otra cosa en mente. Por el rabillo del ojo comprobó que la mujer salía del interior de la tienda con otra botella en las manos. ¿Acaso seguía con sed? “¡Es imposible! Se acaba de zampar medio litro de agua mineral en diez segundos”, pensó la joven. Sus reflexiones se interrumpieron cuando vio que el hombre rondaba ahora cerca de la señora, sin quitarle la mirada de encima. Parecía estar al acecho, a punto de hacer algo. “Maniático, malnacido”, recordó.

—¿Escuchaste lo que acabo de decirte? —preguntó su papá.

—¡Tengo que ir al baño! —exclamó antes de echarse a correr.

—¡Ramona, sabes que este no es un viaje fácil para mí! ¡Necesito todo tu apoyo! ¡Ramona! —oyó quejarse a su padre, cada vez más lejos.

Avanzó apurada, sin perder de vista a la del abrigo rojo que justo en ese momento terminaba de beberse la nueva botella de agua. Apenas la lanzó al bote de la basura, un nuevo espasmo la sacudió de pies a cabeza y la hizo apretar la boca y los ojos. Un poco más atrás, vio al hombre “Edición Limitada” que caminaba directo hacia ella, los ojos entrecerrados y la expresión arisca. De pronto, el hombre estiró la mano hacia la mujer. ¿Iba a empujarla? ¿Pretendía lanzarla escaleras abajo como castigo por haberlo pisado en el suelo? ¿Ahorcarla? Mona redobló la velocidad de sus pasos. Quizá, si alcanzaba a llegar antes que él, podía salvar a aquella desconocida del ataque que, por lo visto, estaba a punto de recibir.

—¡Ramona Carmona, tu padre te espera en la puerta D-44! —retumbó de pronto en todo el aeropuerto—. Repetimos: Ramona Carmona, tu padre te espera en la puerta D-44.

Lo único que le faltaba: que su padre se pusiera a llamarla por megafonía. ¡Eso era lo malo de los adultos! Que necesitaban constante atención de parte de sus hijos, o si no

se convertían en seres insoportables. Pero ya tendría tiempo de ocuparse de él. Le esperaban 11 largas horas de viaje a su lado. Por ahora, en lo único que podía pensar era en llegar a tiempo para evitar que aquel hombre le hiciera algo a la mujer del abrigo. “Maldición”.

Con nuevos bríos se abrió paso entre las personas que circulaban apuradas por el pasillo, arrastrando sus maletas, bolsos de mano y mochilas. Esquivó veloz un bote de basura, evitó chocar con un niño que se había detenido de pronto para hacer un berrinche, y saltó por encima de un perro que alguien llevaba muy firme con una correa. Pero no fue suficiente. De pronto, un inesperado grito masculino, seguido por un agudo chillido femenino, hicieron que todos los pasajeros se detuvieran de golpe y se voltaran asustados en busca del origen del escándalo. Fragmentos de confusos diálogos llegaron hasta los oídos de Mona:

—¡Una bomba!

—¿Qué fue eso?!

—¡Parece que asaltaron a alguien!

—¡Ese sujeto agredió a la señora!

—¡Corran por sus vidas!

—¡El de la playera negra!

—¡Atrápenlo!

—¡Socorro!

Mona redobló la velocidad y consiguió llegar hasta el otro extremo del pasillo, donde varias personas sostenían

por la ropa al hombre de la camiseta “Edición Limitada” mientras otro grupo rodeaba a la señora del abrigo rojo que tenía los ojos cerrados. “Piensa, Mona, piensa”, se dijo. “Trata de entender qué acaba de pasar aquí”.

Su mente se puso en marcha y terminó de atar los cabos sueltos. “Calmante también se forma con las letras de ‘Edición Limitada’”, pensó. “¡Y dolencia!” Recordó las palabras de Sherlock Holmes: “Cuando lo imposible ha sido eliminado, lo que queda, por muy improbable que parezca, es la verdad.” Entonces supo que había cometido una enorme injusticia.

—¡Suéltelo, es inocente! —exclamó mientras señalaba al muchacho.

—Todos lo vimos atacar a esa pobre señora —dijo furioso uno de los que lo mantenían tomado por la ropa—. ¡Se acercó por detrás y le saltó encima!

—¡Llamen a la policía!

—Él sólo quería ayudarla a que se le pasara el hipo —sentenció Mona Carmona, y cruzó los dedos para que su teoría resultara cierta.

Al escuchar la palabra hipo, la señora del abrigo abrió los ojos y dio un paso hacia el frente. Se quedó inmóvil unos instantes, como si estuviera esperando que algo ocurriera. Algo que, sin embargo, nunca ocurrió.

—¡Es cierto! —gritó feliz—. ¡Se me pasó el hipo!

—Cuando estuvo a punto de caerse por su culpa, él se dio cuenta que usted estaba con un ataque de hipo —explicó

Mona—. Al igual que yo, la vio beberse dos botellas de agua en apenas unos minutos.

—Sí, y ahora tengo que ir con urgencia al baño —confesó la mujer algo sonrojada.

—Pero como vio que el agua no había servido de nada, la siguió para darle un buen susto. Y eso fue lo que hizo.

—Por poco me matas de un paro cardíaco —dijo la señora mirando al hombre—. Pero valió la pena. ¡Muchas gracias!

El sujeto asintió sin siquiera mirarlas, se dio la media vuelta, y se alejó corriendo hasta perderse entre los pasajeros.

—Por lo visto es muy tímido —murmuró la mujer.

—No, no es timidez —refutó Mona con gran seriedad—. Es otra cosa. Hay algo en su manera de ser que todavía no me...

Pero no alcanzó a terminar la frase. Un mano la tomó por el brazo y la llevó de regreso hacia el área de embarque.

—Espero que antes de que lleguemos a Barcelona hayas sido capaz de explicarme muy bien qué estabas haciendo, señorita —sentenció su padre mientras le entregaba su pasaporte al funcionario de la aerolínea.

Y Mona supo, en ese instante, que a causa del enfado de su papá el viaje sería infinitamente más largo que las once horas previstas.

## Capítulo 3

Pero no fue así.

Apenas su padre apoyó la espalda en el respaldo del asiento, cayó profundamente dormido. Mona lo vio ovi-llarse con incomodidad en el estrecho espacio que quedaba entre el respaldo de la fila delantera y la redonda ventanilla por donde se apreciaba la inmensidad del cielo y, como un acto de cariño, lo arrojó con la pequeña y gastada manta que sólo alcanzó a cubrir parte de su tronco.

Cuando el avión se elevó por encima de las nubes se escucharon los primeros ronquidos. Entonces, Mona supo que debía aprovechar ese tiempo de tranquilidad. De la mochila que había acomodado en el suelo, junto a sus pies, extrajo un libro de cuentos cortos sobre Sherlock Holmes escrito por Arthur Conan Doyle. Lo abrió en una página del cuento “Los bailarines” y volvió a leer una cita del famoso detective que había subrayado con tinta roja:

*Estoy bastante familiarizado con todas las formas de escritos secretos, y yo mismo soy el autor de una monografía insignificante sobre el tema, en la que analizo ciento sesenta diferentes cifrados.*

Desde pequeña se sintió atraída por los acrósticos, los anagramas y las diferentes formas de escrituras secretas. Su sueño era inventar un lenguaje propio, que sólo algunos fueran capaces de descifrar, para así mantener sus conversaciones y diarios ajenos a los ojos de adultos curiosos.

—¿Criptografía? ¿Eso qué significa? —había preguntado con desconcierto su padre cuando ella, tiempo atrás y de pie frente a su pastel de cumpleaños, le anunció que ese era uno de los deseos que esperaba se le hiciera realidad.

—Es el arte de escribir con claves secretas, o de un modo misterioso, para que lo escrito sea claro sólo para quien sepa descifrarlo —repitió ella de memoria una definición que había encontrado en internet y sopló las velas llena de ilusión.

Al poco tiempo su padre, imaginando la alegría que iba a provocar en su hija, le regaló un libro de Sherlock Holmes titulado *El valle del terror*, en donde el famoso detective descubría un mensaje cifrado usando sólo su capacidad de análisis. Fue así como Mona empezó poco a poco su camino hasta convertirse en una experta en criptoanálisis y en jugar a armar palabras a partir de otras palabras. Después de leer con avidez gran parte de la obra de Arthur Conan Doyle decidió que sus historias favoritas eran “El ritual de



los Musgrave”, “La corbeta ‘Gloria Scott’”, “El círculo rojo” y “Los bailarines” porque en todas ellas Sherlock era capaz de adivinar diferentes mensajes secretos y encubiertos.

La repentina muerte de su abuelo Francesc, a pesar de haber llegado a los 102 años, había sido un doloroso golpe para su padre. A pesar de que no tenían mucha comunicación, y ella sólo lo vio una vez cuando apenas era una niña, sabía que era alguien muy importante en la familia. Vivía en Barcelona, completamente solo, y tenía alma de artista porque hizo una carrera como escultor de renombre. Cuando el teléfono sonó pasada la medianoche, y les dieron la noticia de su fallecimiento, Mona vio llorar a su papá por segunda vez en toda su vida. Entre lágrimas se lamentó de no haber podido asistir al funeral que, al parecer, alguien más ya había organizado. Sin embargo, decidió que viajaría de todos modos a España, para cerrar el apartamento de su padre y hacerse cargo de todas sus pertenencias.

Cuando terminó de leer el cuento “El círculo rojo”, algo incómoda en el ajustado asiento del avión, volvió a pensar en su abuelo. Pero esta vez no fue un recuerdo emocional o triste a causa de su inesperada muerte, sino uno que tenía mucho de intriga y misterio. Cuando Mona cumplió diez años, recibió por correo una hermosa tarjeta. Adentro leyó:

*Muy feliz primera década, querida nieta. Son los deseos de tu abuelo Francesc. ANND.*

Al principio no le dio mucha importancia a esas cuatro letras en mayúsculas que nada tenían que ver con el resto del mensaje. Pero al año siguiente, para su cumpleaños número once, recibió una nueva postal que decía:

*¡Felicidades, Ramona! Espero verte muy pronto. KGFI*

Entonces Mona comprendió que esas letras inconexas y algo desconcertantes no eran un simple error, sino que debían significar algo que aún no conseguía entender. Intentó aplicar todos sus conocimientos en criptografía para tratar de descifrar el mensaje en clave que de seguro su abuelo intentaba transmitirle desde la distancia.

Probó todas las combinaciones posibles. Juntó las vocales, separó las consonantes, las movió una y otra vez de sitio hasta formar diferentes palabras. Pero con las letras A, N, N, D, K, G, F e I apenas pudo obtener los anagramas ninfa, afín, día y fin. Y ninguno de ellos le sugirió algún mensaje confidencial.

Sin embargo, cuando celebró su cumpleaños número doce, una nueva tarjeta llegó a sus manos desde Barcelona. En ella ya no había mensajes de buenos deseos o cariñosos saludos de su abuelo. En cambio, sólo se podía leer escrito en grandes letras rojas:

*HJJE*

Intrigada, Mona sumó las cuatro letras a las ocho anteriores. Una vez juntas, consiguió nuevos anagramas que fue

anotando diligentemente en un papel: hendija, andén, nadie, idea, hiena... Otra vez quedó en la más completa oscuridad. ¿Qué estaba intentando comunicarle su abuelo desde el otro lado del mundo? ¿Por qué había decidido hacerlo de esa manera y no a través de una simple llamada telefónica, o un email, para decirle directamente lo que sucedía?

Cuando cumplió trece años, se quedó esperando una postal que nunca llegó. Sin embargo, no reconoció ante nadie el dolor que le produjo no recibir noticias de su abuelo español, ni poder seguir agregando pistas al misterio de las letras incoherentes. Sin embargo, un par de días después, la mala noticia los despertó a ella y a su padre en mitad de la noche y a las pocas horas ya estaban en el aeropuerto, listos para atravesar el océano Atlántico y enfrentar un apartamento lleno de recuerdos y silencio.

–Hendija... afín... andén... fin... –murmuró muy despacio para no despertar a su papá, que seguía roncando a su lado. Y en esta ocasión, esas palabras tampoco provocaron efecto en ella.

Entonces decidió cerrar los ojos y entregarse al sueño, al menos por un par de horas. Cuando los párpados comenzaban a cerrársele, creyó ver que alguien la vigilaba desde el otro extremo de la cabina en penumbras. “Edición limitada” le pareció leer en la camiseta del persistente y entrometido observador. Y llena de intriga, pero ya sin fuerzas para mantenerse despierta, cayó vencida por el cansancio.